

www.elboomeran.com

Andrei
Dmitriev

El libro cerrado

Traducción de
Marta Sánchez-Nieves Fernández

ediciones del
subsuelo

Barcelona 2012



Publicado con la colaboración del Programa TRANSCRIPT de ayuda a la traducción de literatura rusa de la Fundación Mikhail Prokhorov

Título original:

Закрытая книга

© De la traducción: Marta Sánchez-Nieves Fernández

© Andrei Dmitriev, 2000, para la lengua rusa

© Librairie Arthème Fayard, 2004, para las demás lenguas

© **Ediciones del Subsuelo, Barcelona, 2012**

(para la edición española)

www.edicionesdelsubsuelo.com

I.S.B.N. 978-84-939426-5-6

Depósito legal: B. 20499-2012

Diseño de la cubierta: Maite Martín, Kilian López

Impresión y encuadernación: Grup4, Badalona

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Pasada la medianoche camina por el bulevar Béla Kun. El hielo cruje, las farolas apenas dan luz. Está borracho. Anda levantando mucho las piernas largas, firmes, canta la marcha del regimiento Preobrazhenski y se siente bien. Tiene calor. Sin reducir su paso ceremonial, sin interrumpir su «ram-pam-pam» de bajo, se desabrocha y luego se abre el abrigo nuevecito, de ratina con piel de castor; después se lo quita y con un movimiento suave lo lanza a un lado, sobre la verja del parque Najímov, y sigue marchando en dirección al río y al otro lado del río, a su casa, a dormir... Y duerme, la noche se extiende y una sombra, que además desearía seguir siendo desconocida, llama a la ventana de su casa en un remoto barrio con frutales; Roza Rasúlovna se levanta y corre el pestillo; una mano desconocida le tiende desde las tinieblas el abrigo de castor, una voz cuidadosa sin dueño reconoce estar molestándola a una hora muy avanzada, y la sombra desaparece en los jardines espesos sepultados bajo la nieve.

¿Cuándo fue, en qué invierno?

En los cuarenta después de la guerra, en los cincuenta, a principios de los sesenta a más tardar, cuando aún no habían talado los árboles del barrio.

¿Y de quién era la sombra que no había dicho su nombre? ¿De quién la mano que había devuelto el abrigo del

marido a la severa Roza Rasúlovna? ¿De quién la voz que había pedido perdón por las molestias en lugar de exigir una recompensa?

No importa de quién. No es relevante quién era —un *militционер*, un sonámbulo, un secreta o un transeúnte casual algo achispado—, en nuestra ciudad todos habrían actuado así, porque nuestra ciudad honraba a V. V., lo quería y veneraba.

No es verdad que hubiera dado clase a toda la ciudad, pero sí lo era que toda la ciudad mentía al decir que le había dado clase. Mienten hasta aquellos que habían nacido después de su muerte. Más pruebas de su excepcional buena fama parecieran no ser necesarias, pero recordarlas no hace ningún daño... Aquí va otro caso.

Está en un restaurante desierto pasada la medianoche. La música suena bajito para él. La acompaña sin palabras, después se adormece, después se despierta y mira a su alrededor. Hace mucho que la música ha cesado y la luz de las arañas está medio apagada: es hora de irse a casa. Se termina la bebida que queda en el fondo de la jarra y hace un gesto a la camarera; cómo se llamaba, nadie lo recuerda. Le entrega un fajo de dinero —todo su sueldo más la paga para las vacaciones— y con un movimiento suave, orgulloso, le da a entender que puede quedarse con el cambio. La camarera sin nombre se guarda el dinero en el bolsillo del delantal sin inmutarse y se pone a recoger la mesa. Pero transcurre una hora, otra, y ella golpea con suavidad la ventana de la casa de V. V. en el remoto barrio con frutales; Roza Rasúlovna corre el pestillo y coge el dinero en silencio, completamente segura de que no hace falta contarlo.

Estos dos hechos o anécdotas, que se han convertido en parte de la leyenda de V. V., son significativamente

parecidas: tanto en una como en otra estaba bebido. Las personas legendarias de mi país, aun siendo en ocasiones abstemias en la realidad, suelen beber mucho en sus leyendas, lo que es un testimonio auténtico, aunque también desproporcionado, del amor del pueblo por ellos. En cuanto a V. V., bebía también en la realidad, no es que bebiera mucho y a cada instante, sino que bebía ruidosamente, de una forma teatral, atrayendo tanta atención después de unos correctos doscientos cincuenta gramos de vodka como si se tratara de una juerga escandalosa y animada. En vida quedó impune, pero no le salió gratis tras su muerte. Las autoridades locales se negaron a dar su nombre a ninguna calle, ni siquiera a la travesía Tsypliáiev, adelantándose al veto inevitable de las altísimas autoridades, que, aunque se quedaban tras los muros altos de la lejana Moscú, con la vista y el oído llegaban a todas partes y sabían del comportamiento de V. V. no menos que del nuestro. Cambiaron Tsypliáiev por Krasnopoligónnaia. Ahora es otra vez Tsypliáiev. Pero hasta la fecha en la ciudad no hay ninguna calle en honor de V. V. Creo que no hace falta. Es mejor que viva en rumores vivos a que se oxide en un trozo de hojalata estatal en los muros de nuestras casas sin pintar desde hace mucho y prácticamente despojadas de enfoscado.

Hace poco el *Kurier* local propuso recompensar con el nombre de V. V. a la Escuela n.º 7, el antiguo *gymnasium* de chicos donde al principio V. V. había estudiado su querida geografía, dándole ya preferencia sobre todas las demás ciencias, y más tarde también la había enseñado. Las objeciones al *Kurier* resonaron enseguida desde dos lados antagónicos. La sección ilustrada se acordó de repente de que, en su momento, el propio V. V. había intentado recompensar a la Escuela n.º 7 con el nombre de

Pletenev, su camarada de *gymnasium*, un nombre universal y célebre en todos los elementos. A V. V. entonces no lo escucharon y adjudicaron a la Escuela n.º 7 el nombre de otro compañero de clase, Yákov Bezvódny, fusilado en la primavera del 18 por montar destacamentos de la Guardia Roja. La sección ilustrada invitó a los lectores del *Kurier* a cumplir la voluntad de V. V. y dar, por fin, a la Escuela n.º 7 el nombre del gran Pletenev. La sección no ilustrada prometió montar nuevos destacamentos de la Guardia Roja en caso de que se quitara a la Escuela n.º 7 el nombre del fervoroso Yákov. Al no encontrar apoyo por ningún lado, el *Kurier* se mordió la lengua.

Alto, de cuello fino, con la nuez rápida en la garganta afeitada y canosa, con un copete sin arreglar sobre la frente: así lo vi por primera vez y lo memoricé al detalle, al igual que memoricé todo ese amplio día. Domingo, sol, primavera y, en lugar de ir al río a ver a los soldados explotar el hielo, mi madre y yo estuvimos horas guardando una enorme cola para el pan en la esquina de Vokzálnaia con Béla Kun. Era el año 63. Los días laborables repartían dos hogazas de pan negro, los domingos dos hogazas de gris, y la víspera de fiestas estatales también una barra de blanco por cada mano adulta. Al portador de un niño le correspondían hogazas o barras adicionales. He aquí por qué yo no estaba en el río. He aquí por qué casi todos los adultos de la fila sujetaban a niños con firmeza: a los suyos, a los del vecino, a simplemente conocidos, incluso a completos desconocidos contratados a cambio de una pequeña recompensa en forma de ciento cincuenta gramos de caramelos de fresa y nata o de dos bolas de helado de chocolate... La fila no se movía y el domingo llegaba a su fin. En voz alta los contratados

menores de edad pensaban en huir. Los contratistas se ponían nerviosos, prometían añadir a la recompensa convenida una caja de golosinas de arándanos rojos, dos entradas para la sesión matinal o incluso un paquete de cien gramos de Korobka, los caramelos cremosos letones. Los contratados se quejan, se sueltan y se largan corriendo, de uno en uno y en desbandada, para gran envidia mía. Los contratistas les lanzan maldiciones tristes, buscan compasión entre los felices poseedores de niños propios, sueltan palabras prohibidas. La fila se agita, silba como una boa recién despertada, pero de repente calla. Mi madre me tira de la manga para que deje de girarme, después sigue tirando una y otra vez para que tome conciencia de a quién estoy viendo.

Estoy viendo a V. V. con su nieto. Él arrastra al nieto al final de la fila. La fila protesta con fuerza, le pide que se deje de ceremonias. Agradecido, hace reverencias y obliga a su nieto a hacerlas, pero de ninguna manera consiente en no ser como todos. Ofendida, la fila sigue insistiendo. Él opta por un compromiso magnánimo: situarse justo en el centro de la fila, inmediatamente detrás de nosotros. Me vuelvo para examinarlo mejor y retenerlo en la memoria. Sin piedad, le lanzo miradas de arriba abajo hasta que mi madre me tira de la manga para que deje de hacerlo y me comporte correctamente. El pan gris de los domingos nos alcanza a nosotros, a él, y en él se acaba. La fila no se lo cree, exige al director de la tienda que lo compruebe, el vendedor enseña los dientes tras el mostrador. El descontento amenaza con convertirse en el escándalo de gritos habitual en estas situaciones, pero entonces retumban una tras otra cuatro explosiones, gime y se raja el escaparate con una espiga de trigo dibujada, despotrican los hombres, lanzan ayes las

mujeres, les entra llantina a los niños en brazos de sus madres. V. V. sacude la red con la compra, ordena a su nieto con voz retumbante: «¡Vamos!», y dando saltos corre hacia el río. Todos nosotros, la multitud agitada, lo alcanzamos y, al llegar a la concurrida ribera, nos da tiempo a ver otros dos fogonazos naranjas y atronadores en el centro del río, sobre el hielo, muy cerca de los pilares del puente del ferrocarril.

Enormes claros en el hielo, de acción retardada, expulsan agua turbia que se derrama amplia y lentamente por la superficie helada, y junto con el agua, por debajo de ella, se extienden en el hielo grietas negras y temibles. Un humo rojizo se expande sobre el puente, flota por encima de nosotros. V. V. explica a su nieto, pero de forma que lo oigan todos los niños que están en la orilla, que con la primavera es del todo necesario dinamitar el hielo junto al puente para que el movimiento de los hielos, inevitable e inminente, no arrime a los pilares del puente témpanos demasiado vastos y pesados; estos «sin duda» se atascarían debajo del puente y, claro, le producirían un daño grave al apilarse unos sobre otros.

Inquieto, listo para deshelarse, el río ruge sordamente bajo el hielo. Sentimos frío, terror, pero no queremos marcharnos a casa. V. V. propone a todo aquel que lo desee, claro, pasear un rato con él por la ciudad y, quizá, escuchar sus relatos entretenidos sobre la misma; y mi madre vuelve a tirarme de la manga para que comprenda la suerte que he tenido.

Los recuerdos de mi infancia —una infancia nada terrible, normal, incluso feliz— se componen en dos tercios de recuerdos ajenos sobre mi infancia y sobre la época de mi infancia de los que se apoderaron mi memoria y mi

imaginación. En mi juventud lo único que hacía era apoderarme de ellos y adaptarlos a los míos, sufrirlos como propios y contar estos o cualquier otro recuerdo ajeno. Cuando la cantidad de los recuerdos propios predomine en mi sangre, algo ácido le sucederá y yo envejeceré. Ya no soy precisamente joven; ya tengo clara conciencia de que la memoria de ese amplio día, de ese paseo concurrido bajo la dirección del gran pedagogo, se compone en dos tercios no de mi propia memoria, sino de la memoria de mi madre. Mi tercio legítimo es el sabor y el olor del pan gris que mi madre y yo partimos y comimos por el camino, y que repartimos a los otros, a aquellos a los que no les había llegado el pan, y todos a los que les había llegado el pan lo partieron, lo comieron y lo repartieron a otros. Y también la nieve azul y nada fría sobre el césped verdeante, las nubes rápidas y bajas por encima de los tejados de la ciudad, y que al llegar la oscuridad todavía temblaba, crujía y avanzaba el hielo por el río, desmoronándose y girando... Los dos tercios de mi madre, de los cuales me apoderé, son los relatos de V. V. durante ese paseo precipitado y toda su secuencia hasta el escándalo que nos armó mi padre por haber desaparecido todo el día sin avisar y por regresar a casa sin pan.

Hoy todo lo que nos contó a la carrera V. V. se puede leer en el epígrafe nostálgico del *Kurier* y en una guía local muy reciente. La verdad es que no estoy seguro de que la guía y el epígrafe se atrevan alguna vez a seguir los pasos de V. V. y a repetir que al parque Najimov se le puso ese nombre no en honor del ilustre almirante, sino por el nombre de su organizador, el mercader Najim Prutkin. En lo demás coincide todo, si no tenemos en cuenta que la guía y el epígrafe son solemnemente empalagosos, están llenos de exclamaciones amargas, suspiros y

puntos suspensivos. V. V. no se enfurruñó ni una vez. Nos condujo por la ciudad como el flautista, silbando de vez en cuando la flauta de sus recuerdos, y su melodía era entusiasta. Le divertía sorprendernos con que en la ciudad de su infancia veían la luz una decena y media de periódicos y acto seguido recitar los titulares más usuales, la propaganda y los anuncios más increíbles. Le alegraba indicarnos el emplazamiento de los cuatro teatros de entonces y acto seguido representar de manera realmente graciosa las formas de actuar de sus personajes principales, de los héroes-galanes, de los cómicos y hasta de las ingenuas y los travestidos. Ese día oímos por primera vez que el bulevar Béla Kun, y que antes se había llamado de Varsovia, en el lenguaje popular era el bulevar de los Caballos Castrados, en alusión a la Academia de Caballería: había estado acuartelada al final del bulevar, en la bajada al río, en el edificio más visible de la ciudad, del que se adueñaron posteriormente distintos órganos centrales del Partido y del gobierno. Por primera vez fuimos capaces de imaginar en primera persona toda la diversión del jardín de recreo Pujarski con su escenario en el que titilaban farolillos chinos, su orquesta de frac, Eloisa Cheremnyj —la mujer-mono—, Florentini —el ilusionista manco—, y de probar a hacernos una idea de la abundancia aromática de las ferias de pan, de pescado e industriales, de las empanadillas y del consomé en cantinas y restaurantes, de los globos en las torres vigía de los bomberos, de los espectáculos matinales para niños con juegos de prendas y charadas, de las veladas de los mayores con valeses y cuadros vivos, del natalicio de su Majestad Imperial con fuegos artificiales y guirnaldas, del renombrado entierro del gobernador Keppel —apuñalado por Ivanitski, un encargado

progresista— con discursos, lloros, rogativas y salvas de cañón.

Del *gymnasium*, V. V. nos habló con una sonrisa feliz, tímida, y su voz hasta entonces débil, que sonaba a hojalata, se volvió profunda, suave y susurrante apenas empezó a hablar de sus compañeros de clase: Pletenev, Gilles, Redís, Svischov. De Bezvódný no llegó a hablar, la bondad de Bezvódný (entonces V. V. no se contuvo e hizo un guiño, aunque se volvió severo nada más darse cuenta) la conocíamos todos.

V. V. nos contó sólo una cosa graciosa de los amigos de su increíble infancia: que, por ejemplo, desde los arbustos del parque Najímov lanzaban chinitas a los pabellones de los helicones de la banda de música. Sobre las actividades de sus amigos al terminar el *gymnasium* apenas si se permitió hablar con nosotros aprisa y sobre la marcha. Encaramado al porche de hierro de la escuela, sólo nos señaló que en todo el mundo no encontraríamos una escuela igual ni mucho menos una clase igual de la que el mismo día y a la misma hora salieran al mundo cuatro grandes hombres. «¡Cinco! ¡Cinco!» Unas voces emocionadas, entre las cuales se oía claramente la de mi madre, corrigieron al instante a V. V., lo que le provocó un ataque de risa amargo a la vez que saciado.

No sólo por coquetear y no sólo por beber o parlotear sin sentido cada otoño se congregan en una ciudad báltica cubierta de pinocha amarilla, en un campus americano donde pululan las ardillas, en un aula universitaria atravesada de lado a lado por el viento del Nevá, bandadas de mujeres y hombres de todo el mundo, cortesés, ligeramente afectados, vestidos con descuido, puede que hasta desaliñados, que se comprenden a la perfección gra-

cias a palabras o palabritas distintivas. Los más jóvenes entre estas mujeres y hombres las consideraban, conforme a su inexperiencia entusiasta, términos rigurosamente científicos. «Género», «argumento», «motivo», «metáfora», «alusión», «texto», «contexto» y un buen centenar más no definidas del todo, imprecisas y completamente opcionales para todo aquel que sepa leer, pero útiles del todo en este ambiente para, a su manera, designar ciertos estados de una existencia regulada y confortable; esas palabras y palabritas, intercambiándose, suenan durante la calma de dunas y pinos bálticos, de arces y abetos canadienses, en las orillas de granito del Nevá durante tres o cuatro días de otoño, mientras a los reunidos los contempla desde retratos idénticos un hombre excepcionalmente guapo con unos quevedos elegantes sin cordón. Es Pletenev. Es en su memoria, aunque también por sus propios asuntos, por lo que cada año se agrupan en pequeñas bandadas todas estas mujeres y hombres cortes.

Con la llegada al mundo de Pletenev se acabó la era de los juicios libres a la literatura. Pletenev tomó la decisión de estudiarla igual que se estudia un mineral o la sangre, los átomos y el plasma, las composiciones químicas y los sistemas biológicos, igual que se estudian los números y los astros. Hasta entonces sobre literatura había escrito y deliberado todo aquel a quien se le ocurría, a quien le alcanzaba la conciencia y el ocio: un periodista, un novelista, un diplomático, un hacendado, un pope renegado o un pope a secas, un actor, un librero, un estudiante, un aventurero francés, cualquier sir o escudero, un abad pobre, un funcionario modesto, un crítico del periódico del Partido, un crítico de otro partido, un educador de los buenos principios, un destructor de los

principios estables, un oficial retirado, un médico rural, el profesor Serebriakov de Chéjov, un poeta moscovita, un guitarrista y mujeriego famoso porque una vez tocó con la guitarra un acorde soñador y tierno, después prestó atención a cuánto tiempo resonaba por jardines, patios y rincones, a cómo, alterado por el eco prolongado pero aun así familiar y reconocible, flotaba y corría en el aire de Zamoskvorechie... y se inventó la palabrita «corriente».

«¿Qué es esa tontería de la corriente? —escribió Pletenev osadamente en una redacción del instituto sobre las corrientes literarias—. ¿Y por qué estamos obligados a tratar con seriedad, respeto y gran atención algo que habita en el aire? ¡Anda que no hay tonterías en el aire! ¡Anda que no hay porquerías en el aire! ¡Hasta las moscas habitan el aire!»

Sobre el gran poeta, sobre su camarada mayor y contemporáneo y, dicho sea de paso, su poeta preferido, quien aparte de versos y poemas («... la plata más pura, la del quilate más noble del Siglo de Plata...», Pletenev, *Obras completas*, tomo 3, «Cartas») tuvo la imprudencia de escribir una decena de artículos sobre versos y poemas, Pletenev en una carta privada inédita señaló sin piedad: «Sabe de literatura tanto como un apéndice inflamado de cirugía supurativa».

Con la aparición de Pletenev, la costumbre a los juicios libres de escritores que leían y de lectores que escribían no cayó en desuso, pero el valor de estos juicios cayó más bajo que el precio de coste, cayó tan bajo que seguramente no vuelva a levantarse.

Desde luego que los primeros pasos en esta línea revolucionaria, como correspondía al siglo que había comenzado, no los dio solo. El primer paso ni siquiera lo

dio él, sino su camarada de universidad Novorzhevski, dos veces caballero de la Orden de San Jorge, dueño de su propio coche, saboteador, guionista de cine, divulgador y, al final, emigrante y muchas, muchas cosas más, pero lo más envidiable es que fue un anciano capaz de sobrevivir incluso a nuestro V. V.

«A ti y a mí, *amicus*, no nos importa en absoluto —escribió Novorzhevski a Pletenev en 1915 desde las trincheras húmedas de Galitzia justo antes del ataque por el que más tarde, tras sobrevivir a duras penas, recibiría su segundo San Jorge— por quién suspiraba el favorito de las musas, el cautivador de mentes, el escritorzuelo (llámalo como quieras) cuando escribía; a quién quería cuando componía; qué contemplaba cuando describía; a quién mortificaba cuando hacía burlas; a quién imitaba; qué afirmaba; con quién discutía; a quién halagaba; quién le había enseñado y qué había aprendido. Todos esos hábitos, *amicus*, suscitan el interés de biógrafos, historiadores, psiquiatras y, sobre todo, de lectores ociosos de ambos sexos. A ti y a mí nos importa el producto literario como tal: de qué tela se ha confeccionado, siguiendo qué plantillas se ha cortado, con qué agujas e hilos se ha cosido.»

Atrapado y trasladado por una multitud impetuosa de merodeadores desde la trinchera acondicionada hasta el incómodo Petrogrado, Novorzhevski se dejó ver y describió no pocas plantillas y agujas de cuya existencia nadie antes había tenido conocimiento. Ahora cualquier producto literario podía examinarse completamente desde el punto de vista de su confección, como si nada más ver un frac o un miriñaque se pudiera recrear el patrón inicial del frac o del miriñaque y, al mismo tiempo, revelar también el método de confección de la tela. Fue un

paso importante, pero Pletenev sentía que era un paso algo corto —de momento con él se iba a conseguir poco—, que tras las plantillas, los hilos y las agujas literarias descubiertas por Novorzhevski se encerraba algo más importante que una plantilla, un hilo o una aguja. Pletenev comprendía que estas plantillas, agujas e hilos no habían sido elaborados por nadie y era poco probable que hubieran sido creados por la tradición o por la sucesión literaria, es decir, por la inercia de las pasiones, las experiencias y las costumbres humanas, sino que nos habían sido concedidos ya no por Dios (Pletenev no creía en Dios), sino por cierta ley universal emparentada con las leyes de la naturaleza, emparentada con las de la historia, emparentados con esas leyes con las que los contemporáneos de Pletenev explicaban fácilmente tanto la corriente suave de los ríos como las olas tempestuosas de las revoluciones.

El sentimiento de movimiento, la concepción de la esencia del desarrollo continuo de la literatura, el perfeccionamiento constante y el desgaste de plantillas, hilos y agujas, esto es lo que en general le faltaba al inquieto Novorzhevski. Y mientras Novorzhevski, tras alejarse un tiempo de los talleres literarios, construía la historia, es decir, dejaba fuera de combate los carros blindados de la Guardia Blanca, para después, habiendo cambiado de idea, arreglarlos y lanzarlos a combatir contra la Guardia Roja, Pletenev escribía artículos en los que formulaba y argumentaba su parecer sobre el desarrollo de la literatura.

Según Pletenev, la literatura se desarrolla continua, pero irregularmente, a un ritmo gastado, alternando un movimiento extremadamente lánguido, que en apariencia se asemeja al estancamiento absoluto, con embates y

saltos repentinos e impetuosos. Para ser comprendido con precisión por él mismo y por otros, Pletenev utilizaba palabras conocidas desde hacía tiempo, como «género», «argumento» y otras parecidas, dándoles sin embargo un sentido completamente nuevo. Ahora significaban no una regla de un tono literario bueno o malo, no un talle a la moda o anticuado, no un modo de corte o de costura, sino diversas manifestaciones de un ser lógico y natural, profundo y no expresado con ninguna otra palabra. Por ejemplo, la fase lánguida, casi estancada, del desarrollo de la literatura no es otra cosa que el período vegetativo de los géneros débiles, secundarios: tímidos, apenas perceptibles bajo una lenteja de agua perezosa, van acumulando fuerzas y jugos lentamente, echan los dientes, después impalpablemente hincan el diente a la tripa de los géneros principales, que han estado engordando; les comen las entrañas y, tras acomodarse en el tegumento de estos, de repente realizan un arranque impetuoso hacia delante o a un lado, chocando y peleándose con sus semejantes. Después se cansan, se tranquilizan, reinan, dormitan y engordan sin reparar en que alguien diminuto e invisible va poco a poco hincándole el diente a su tripa.

Pletenev estuvo mucho tiempo enfermo y vivió poco. Ablandado por la tristeza de la agonía escribió, inesperadamente para todos, una novela cuyos protagonistas —escritorzuelos y cautivadores de mentes— suspiraban, soñaban, querían, mortificaban, bromeaban, discutían con gran pasión y no halagaban a nadie, para disgusto de Novorzhevski, para entusiasmo y envidia de lectores ociosos de ambos sexos.

En la primavera de 1941, en mayo, antes de comer, Pletenev estaba sentado en un sillón de paja en medio del

jardín, descuidado e invadido de acederas, bardanas y arbustos, de un hospital. Un viento frío movía con desgana los racimos espaciados, ralos, de unas lilas ya marchitas y, volviéndose repentinamente violento, batía la espumilla fresca de un cerezo de racimos. Arropado con un abrigo y envuelto en una manta de franela por encima del abrigo, Pletenev intentaba distraerse del dolor, mitigado por la inyección matutina de morfina, pero ahora claramente perceptible. Pensaba en el cerezo de racimos, en por qué su floración iba acompañada invariablemente de frío. ¿Indicaba esta regularidad alguna ley de la naturaleza, o bien el enfriamiento de la atmósfera y la floración del arbusto eran el resultado de la acción de dos leyes de la naturaleza sin relación entre sí, una atmosférica y otra botánica, y que justo se manifestaran en un breve espacio de tiempo era una casualidad y una trampa para una mente ociosa, fatigada por el constante dolor? La idea ociosa, pequeña y sin ninguna importancia del frío y el cerezo había resonado en su interior tanto tiempo, tan solemne y detalladamente que Pletenev, al pensarlo, se sintió avergonzado. Lo atribuyó al efecto del narcótico y se obligó a pensar en lo más importante.

Bastante más importante era su reciente conversación telefónica con Svischov. «Gilles está de permiso. Todo está fatal. La historia está en contra nuestra», le había respondido Svischov a la habitual pregunta sobre sus asuntos y su estado de ánimo. Pletenev lo interrumpió al instante: Gilles estaba en la cárcel o, peor aún, había sido fusilado.

Su viejo amigo el académico Gilles había estado, según él mismo afirmaba, cerca como nadie de crear un preparado capaz de interrumpir la reproducción de las células cancerígenas en cualquier estadio de la enferme-

dad. Con pocas esperanzas de aguantar hasta los ensayos, Pletenev había estado dispuesto a probar personalmente las muestras experimentales. Cualquier sentencia contra Gilles era también una sentencia contra él, Pletenev, y contra los centenares de miles de personas que, como él, permanecían sentados en sillones o bancos en medio de gélidos jardines de hospital. En los que yacían sin poder levantarse en salas con cortinas herméticamente echadas Pletenev intentaba no pensar.

Pensaba en la «Historia». Con esta palabra sus amigos y él llamaban a los ex soldados de Novorzhevski, quienes, como se aburrían mucho en las trincheras otoñales del 17, se convirtieron en merodeadores, saquearon su país y, tras matar a todo aquel que intentó impedirselo, se hicieron con un poder sin precedentes. Embrutecidos y asustados de generación en generación, creían que la muerte era un castigo similar a la penitencia, al trabajo, a la multa, al látigo, a los trabajos forzados y a los bofetones. Se hicieron con el poder para liberarse de su eterno terror a los castigos, para quedar inmunes y, si la muerte era un castigo, entonces además serían inmortales... Parecía que se hubieran convencido de que todos los castigos estaban en sus manos, que la misma muerte estaba en sus manos, y si estaban predestinados a aceptarla sería sólo por la mano ruin de un enemigo o de mano de uno de ellos. Si ya no necesitan a Gilles, será que en efecto se han creído inmortales. Pero están metiendo la pata. La muerte no es un tipo de castigo y el dolor no es un tipo de castigo, es más bien un tipo de enseñanza. Lo comprenderán a la perfección cuando se encuentren en estos jardines de hospital o en las salas viciadas, hediondas y a oscuras por las cortinas... «¡Menudo argumento! —Pletenev hasta medio se incorporó

en el sillón, pero tan bruscamente que el dolor se desplegó como un resorte de acero y le atravesó la columna vertebral—. ¡Y no es un argumento nada casual e inevitable! Sin duda, alguien escribirá una novela o una obra de teatro con este argumento... mejor una novela. Pero que no la escriban ahora, que lo hagan más tarde... Aunque es una pena, no podré leerla.»

El efecto de la morfina de la mañana se había quedado en nada, el dolor estaba desenfrenado, pero Pletenev no se rendía. «Sobre todo no te alegres del mal ajeno —exhortaba celoso a un novelista desconocido, habiendo deducido desde la nada que era un antiguo sanitario o un médico con sotabarba como Gilles, con los ojos de Gilles, con el mismo rostro alegre y travieso—, no sería propio de ti, pero aun así no te alegres... pero tampoco te excedas en la compasión, en la clemencia con los perdedores... Y no acortes, no lo concentres en una pastilla de caldo, no es tu *Muerte de Iván Ilich*, entonces el lector era otro, aquí hay que dejar que el lector se acomode, primero necesita desmenuzarlo y sólo después tragarlo... No quiera Dios que la primera sea en la frente, porque del susto te devolverá el golpe... No tengas prisa; ve al detalle: el día a día de un hospital ejemplar, los enfermos normales, la gente de a pie... y uno que no es normal, un bobo infeliz que sigue convencido de que es inmortal porque él es la Historia.»

Pletenev se echó a llorar: el dolor había triunfado y se hacía imposible continuar la conversación. Reunió las últimas fuerzas y, todo lo alto que pudo, llamó a la enfermera casi sin esperanzas de que Sasha lo oyera: el pabellón de oncología amarilleaba a lo lejos, tras el muro ruidoso de tilos y álamos. Pero el milagro se produjo y Sasha apareció al instante de algún lugar a su derecha, de de-

trás de la mata de cerezo más cercana. Estaba tan alterada que accedió a pincharle allí mismo, en el jardín, sin las disputas habituales e incluso como por arte de magia llevaba encima la jeringuilla de morfina. Tras pincharle, desapareció más rápido de como había aparecido. El dolor se resistió un momento, al poco empezó a adormilarse, el sueño arrastraba a Pletenev. Frunció el ceño, escondió aún más la barbilla en el cuello del abrigo, se envolvió con firmeza en la manta de franela y, antes de quedarse dormido y de dejar entrar en sus sueños el murmullo seco de la hierba y de las lilas y el aliento húmedo del cerezo, oyó la risita débil de la enfermera Sasha, después una risa corta de hombre y un acorde triste y descuidado interpretado en una guitarra de siete cuerdas. Sasha dijo: «¡Más bajo!», y la guitarra calló, pero ese único acorde, atrapado en el viento, flotaba ya por las alamedas del hospital, habitaba el aire, lo guiaba, le hacía señas, lo inducía a no dormir, y Pletenev intentaba no dormir, con sus últimas fuerzas lo prolongó en su oído, enseguida comprendió que se estaba quedando atrás, que lo estaba perdiendo en el ruido distante de los tilos y los álamos; con una sonrisa culpable se entregó al sueño.

Pletenev murió a finales de junio en una sala viciada con las cortinas corridas, sin saber todavía, o ya sin desear saberlo, que había empezado la Gran Guerra. Gilles encontró la muerte en una celda de castigo poco después de la guerra. Su camarada de *gymnasium* Redís, quien había inventado la regla de cálculo de Redís, increíblemente oportuna y en su momento famosa en todo el mundo, vivió de forma tan imperceptible y silenciosa que la fecha de su defunción falta incluso en la edición más nueva del *Diccionario Enciclopédico*. Basándose en testi-